J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

LA CASTA

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL

Copyright, by J. López Pinillos, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

LA CASTA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 13 de Marzo de 1912

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1912

A D. Manuel Martínez Conde.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA VALDEMAR (28 años)....	Dolores Bremón.
JESUSA (59 íd.).....	María Morera.
PEPA (24 íd.).....	María L. Ahijón.
TÍA CURRA, LA PULGA (70 íd.)..	Isabel Luna.
DIONISIA (25 íd.).....	Carmen Navarro.
PAULA (20 íd.).....	Natividad Ríos.
LA RABONA (12 íd.).....	Dolores Larrea.
JOSÉ LAJÍN (34 íd.).....	Leovigildo Ruiz-Tatay.
DON FELIPE VALDEMAR (55 íd.).	Adrián Martí.
RUFINO LAJÍN (60 íd.).....	Constante Viñas.
ADRIÁN VALDEMAR (30 íd.)....	Manuel Soto.
GERVASIO VALDEMAR (32 íd.)..	Ramón Gatuellas.
TÍO JOSÉ LAJÍN (87 íd.).....	Pedro Granda.
CIRIACO (40 íd.).....	José López Alonso.
DON MARCELIANO (61 íd.).....	Enrique Navarro.
BOTIJILLA (36 íd.).....	Luis Domínguez.
CLETO (50 íd.).....	Alfredo Paredes.

Labriegos, mozas, músicos y chiquillos

La acción se desarrolla en un pueblo del Sur de España, en un día de Mayo

ACTO PRIMERO

Jardincillo que da acceso al caserón de los Lajines. A la izquierda la casa con ventanas saledizas, escudo sobre la puerta y amplio balcón. Al fondo, pegado á la casa, un colgadizo que comunica con lo bodega, en el cual hay un tonel. A la derecha un muro rematado por agudas lanzas de hierro. En medio del muro se abre una ancha verja. Entre éste y el colgadizo, detrás de una tosca empalizada, varios granados que impiden ver un huerto. Unido á la fachada un poyete de piedra.

—

(JESUSA, que está sentada en el poyete, y TIA CURRA, que hinca las posaderas en el suelo, despluman unos pollos en un lebrillo. PEPA barre con briosa actividad. TIO JOSÉ devora un mendrugo. Jesusa viste con sencillez campesina. Traje de percal negro, delantal á cuadritos muy obscuro y pañuelo de seda al pecho. Pepa defiende del polvo su cabeza con un pañolillo de algodón. Su traje, de percal también, es de tonos claros. Tía Curra se envuelve en un mantón verdoso amarrado al talle y se tapa los restos de su cabellera con una toquilla rota. La falda, calandrajosa, descubre por algunos sitios un refajo bermejo. Tío José luce nn chaquetón de campo un sombrerote de alas caídas, un pantalón de pana gris y unas botas tremendas de labriego. Apóyase en un palo nudoso y tiene una colilla detrás de la oreja.)

Jes. (A tía Curra.) ¡Avívate, mujer!

Curra Aguarda que acabe con la rabaílla. ¡Qué gloria de animal!

Jes. Más gordo está el otro.

669883

Curra Güena jartaga.

Tío José (Masticando con lentitud.) No se quejarán los güespes.

Pepa (Agria.) Allá ellos. Pa mí el que traiga desigencias... Cada gallo manda en su corral.

Tío José ¡Auténtico!

Pepa Creo que he hablao bien.

Tío José Como que por mí, vamos, por mí... Y eso que yo, coste, soy dao á la hespitalidá. Sí, señor. Pero, vamos, que si no fuera por lo de José... vamos, que no salía de mi andaura. Lo que comemos, y chanfli. Y el que quiera más... Ahora que por mi José...

Pepa To es poco.

Jes. Y eso que no habéis oído á Botijilla. Una regolución en la Audencia. La gente palmas y más palmas; los magistraos pa abajo y pa arriba diciendo: «¡Qué fenómeno! ¡Qué barbaridad!», y mi hijo de mi corazón tan achantaíto como si no se tratara de él y como si no hubiera entusiasmao á medio mundo.

Tío José Porque es un hombre meritorio, pero más humilde que la tierra.

Jes. Pos no pega tanta humildá. Lo de Ceriaco no fué una tontería. Darle puñalás y puñalás á una esposa, al fin, anque sobre la razón por los pelos...

Curra Y dejarla casi moribunda. Mi sobrino es Ceriaco; pero no me ciega la pasión, y comprendo que su climen es de los de ir á presiyo. (Conmovida.) Y el no ir á presiyo á la Virgen y á José na más se lo debe. ¡Que se lo pague Dios!

Tío José Y ¿no se lo ha pagao dándole una cabeza de previlegio?... Ese nació con sabiduría, y ya se ha hecho un Castelá, y por no tener un pero, hasta como hombre es hombrísimo.

Pepa Demasiao inocente, demasiao infeliz. Tiene un pronto, quema la pórvora, y al minuto, un cordero. Asina aquí estamos como estamos. (Barre iracunda. Tío José aproxímase á ella y le da un cariñoso golpecito en la espalda.)

Tío José Tontona.

Pepa (Con amargura.) Verdá. Tonta y más que ton-

ta, y burra y más que burra. Por eso van á ponerme en el arroyo.

Tío José (Colérico.) ¿Ya empezamos?

Pepa Bien clarito lo cantó la señora.

Tío José Aquí no hay señoras ni señores; aquí tos semos unos. Y que no ha pasao na.

Jes. Eso no.

Tío José ¡Eso sí!

Jes. Si usté lo mira...

Tío José (Interrumpiéndola.) Como lo mire. (Pausa.) Una pelea. A diario pelean las mujeres, porque pelear es cosa de mujeres y porque sin peleas ó sin chismorreos no podrían vivir. Y la pelea de aquí ¿qué? ¿Qué hay?

Jes. No, si yo...

Tío José Es que no se deben sacar de quicio las cosas. El genial de las criaturas se inflama y se nos regüelve la bilis, y nos disparamos; pero después... ¡Hay que vivir en paz, jinojo!

Pepa (Con ironía.) ¡En paz con esa archipámpana unos pobres como nosotros!... ¡Quite usté, cristiano! Semos mu poquito pa la señorona. Ella es un merengue por lo dulce; á ella no se le pué hablar alto; á ella no hay que llevarle la contraria aunque diga que los borricos vuelan... Delante de su mercé, como delante de un altar... (Extendiendo el paño hacia una de las ventanas.) ¡Pues lo que es yo orgullosa, jambrona!

Jes. Que se está levantando y te va á oir.

Pepa ¡Que me oiga! ¡La señoritinga del pan pringao!

Curra (Con malignidad.) Es el ama. No hay quien se atreva con la niña...

Jes. Tanto como el ama...

Tío José Casi, casi. Porque con la debilidá de mi nieto está hecha una favorita mora. Y eso es una gaita. Debía pensá que es mujer de un pobre que ha llegao á rico, ó de un rico que no quié llegar á pobre.

Jes. Sí, algo floja es. Y le teme al trabajo.

Curra Porque nació en el señorío, y no pué ser de nuestro parigual. A esa no le hables tú de sacudiores ni de escobas, sino de sombreretes emplumaos, de colchones más tiernos

que la espuma y de esterillas por los suelos.. ¡Jumo, mucho jumo, muchísima jumarea!

Tío José Y de mandonismo, hija de mi corazón, eche usté y no se errame.

Curra Porque no topa en duro, tío José. Que topara en duro, que fuésemos tos como Pepa, y se vería. Muchacha, hiciste bien.

Jes. (Con severidad.) ¡Cuidao, Curra!

Pepa (Vivamente) ¡Ah! ¿Hice mal? ¿No me tiró ella el abanico antes de que yo le diera el gofetón?

Jes. Hiciste mal. Con jumo ó sin jumo, es la mujer de mi hijo. Casi tanto como yo, y mucho más que tú.

Pepa (Con despecho.) Ya lo sé. Yo no soy nadie.

Tío José Eres mi nieta. (Con severidad.) Mi nieta, Jesusa.

Jes. Y Clara es la mujer de su nieto, padre.

Tío José No es lo mismo.

Jes. Pues lo debe ser.

Pepa Usté... usté resuella por ahí, porque me ha perdío la ley, tía.

Jes ¿Cómo se entiende, grandísima desvergonzá? ¿No te sabes defender de otra manera?

Pepa ¡No, si no me defiendo!

Jes. Di que no pués ver á Clara y dirás la verdá.

Pepa Si á usté se le antoja... Por tan poco, no hemos de reñir.

Jes. Y porque á ti no te guste, ¿me voy yo á regolver contra ella?... ¡Estaría bonito! No me ha enamorao ni nos entendemos; pero cierro los ojos y pongo buena cara, que es mi obligación.

Pepa Y la mía, y la del gato... Como que ahora me quedaré yo en la calle por no haberla puesto.

Tío José (Iracundo.) ¡Y dale con la borriquería!

Jes. Si se muere por mortificar. ¿A quién se le ocurre que Clara se atreva á pedir semejante cosa?

Pepa ¿Que no? ¿Pa qué ha llamao á la familia? Y don Felipe y Adrián, ¿cómo han venío tan á escape que ni siquiera han aguardao unas horas pa oir á José en la Audiencia? Ya, ya veréis.

Tío José Veremos. Pero lo que yo digo es que eres mi nieta, y con eso digo bastante. Si te echan á ti, me echan á mí. Y á mí, no ha nacío el que me eche.

(CLARA abre la ventana. Al verla vuélvese Pepa y se pone á recoger la basura.)

Clara Buenos días.

Tío José Y santos.

Jes. Buenos días, Clara. (Tía Curra contesta con un gruñido.)

Clara ¿Son las ocho?

Tío José Con un pico.

Clara ¡Jesús! (Retírase de la ventana y entra en seguida por la izquierda.)

Pepa (Burlona.) María y José.

Clara ¿No se ha levantado mi padre?

Tío José Salió á caballo.

Clara ¿Y Adrián?

Jes. Adrián, no. (Hay unos instantes de silencio. Clara, que viste un traje sencillo y de buen gusto, siéntase en el poyete, haciendo un mohín de cansancio. Pepa se va al huerto, llevándose la basura, y tía Curra coge el lebrillo con los pollos y se mete en la casa.) ¿Qué tienes?

Clara No estoy muy buena.

Jes. ¿Fatigas, como ayer?

Clara Más. No he podido cerrar los ojos. Si no me aburriese en la cama no me habría levantado.

Tío José Estás empachá. (A Jesusa.) Hazle manzanilla y que no se mueva de aquí.

Clara No. Ni voy á la estación.

(Entran por la derecha DIONISIA y PAULA. Visten unos trajes excesivamente adornados y de un corte deplorable.)

Jes. ¿Ya?

Dion. ¡Digo! Buenos días, Clara.

Clara Buenos. Hola, Paulita.

Paula Y usted, ¿no se viste? Es tarde.

Clara No. Estoy malucha.

Pepa (Desde la empalizada.) ¡Anda! ¡Viva el lujo!

Dion. (Muy satisfecha, sonriendo.) Lujo, lujo... ¡Mira que lujo el nuestro!

Pepa (Reuniéndose á sus amigas.) ¿Sos ha cobrao mucho la modista?

Paula Así, así.

Dion. Pero están preciosos los vestidos, ¿verdá?

Paula ¿Verdá usté, Clara?

Clara (Afectuosa.) Sí, sí; pero... A ver, vuélvete... Aquí hay que enmendar. Y sobra encaje. ¿Cómo os han puesto este encaje?

Dion. (Cortada.) Pues el encaje fué gusto mío. Lo demás... Pero á todo el mundo le han entusiasmado las prendas.

Clara No, si están bien. Quitando algunas cosillas... Vengan ustedes y las arreglaremos.

Dion. (Picada.) No, no. Muchas gracias. No se moleste usté. Nos gustan así.

Paula Yo no digo que estén los trajes como cortados en una capital; pero como á nosotras nos gustan...

Clara En ese caso...

Dion. Y que nosotras no somos señoritas.

Clara ¿Cómo que no? (Riendo.) Vamos, ¿á que por hacerles á ustedes un favor las he ofendido?

Paula Ay, eso de ninguna manera.

Dion. La opinión es libre.

Pepa (Con retintín.) Bueno. «Venir», niñas. Cada una es como es.

Paula Pues claro. (Pepa, Dionisia y Paula, salen por la izquierda.)

Clara (Desconcertada.) ¡Pero, hijas, por Dios!... Bien. Más vale no hablar. (A Jesusa.) Mire usted que es desgracia la mía.

Tío José Molestas... y cátatelo ahí.

Jes. ¡Claro! Si vienen las muchachas engreídas y las pones en ridículo, ¿no se han de enfadar?

Clara ¡Ah! ¿Tengo yo la culpa?

Jes. El obispo no la tiene.

Clara (Después de una pausa.) Vamos á callar. (Callan unos momentos. Botijilla se asoma á la verja. Viste á lo rústico, adorna con un clavel la cinta de su sombrero y empuña un reluciente cornetín.)

Bot. A la paz de Dios.

Jes. Pasa, hombre.

Bot. No, que me espera mi gente. ¿Viene usté, tío José?

Tío José Voy con la familia.

Bot. Pos hasta luego,

Tío José Que «apretes», hijo.

Bot. Descuide usté: se apretará. (Se marcha á escape, tropezando con don Felipe. DON FELIPE tiene la nariz roja como una brasa, las cejas y los bigotes, negros, la barba puntiaguda y canosa y el cabello casi blanco. Su traje oscuro es de corte señoril. Empuña un látigo de montar rematado por una bola de hierro.)

D. Fel. (A Botijilla, desde la verja.) ¡Eh, ganso! ¿Para qué te sirven los ojos? (Entra y abraza tiernamente á Clara, que sale á recibirle.) Chiquita.

Clara Papá...

D. Fel. (A Jesusa y tío José.) Hola.

(PEPA, TÍA CURRA, DIONISIA y PAULA entran por la izquierda. Tía Curra le da á su ama un mantón y un pañuelo de seda, negros.)

Pepa (A Jesusa y tío José.) ¿Vamos?

Tío José ¡Corcho! Vamos allá.

Jes. ¿Y usted, don Felipe?

Clara Quédate, papá. No estoy muy bien. Acompáñame.

D. Fel. Ya la oyen ustedes.

Jes. Pues entonces, hasta luego. (A Clara.) Digo, si no quieres que yo...

Clara No, no, nada.

Jes. Hasta luego. (Sale por la derecha con Dionisia. Pepa y Paula han salido antes.)

D. Fel. Adiós.

Tío José ¡Vamos allá! (Sale muy deprisa por la derecha. Tía Curra se mete en la casa.)

D. Fel. ¿No te has atrevido á ir á la estación?

Clara Si tú le hablases para prepararlo, papá...

D. Fel. ¿Todavía?... No. Ni antes, ni después. (Pausa.) Mira, contra mi costumbre, te voy á dar un consejo. Reflexiona antes de resolver lo que resuelvas. Reflexiona, Clara. No hay cosa mejor. Te lo digo por experiencia; porque yo nunca he reflexionado y nunca he hecho más que disparates.

Clara (Impaciente.) Y ¿qué he de reflexionar? ¿No estoy meditando desde que entré aquí? ¿Y no sabes lo que pesan dos años de meditación?

D. Fel. Bueno. Pero hasta ahora..

Clara Hasta ahora, he podido resistir.

D. Fel. Y ya ¿no puedes? (Pausa.) Clara... no te precipites. Te vuelvo á decir lo que te dije anoche: las ofensas tienen más ó menos valor

según de quien las recibimos. Si un hombre igual que yo me da una bofetada se la devuelvo; pero si un mulo me da una coz, me aparto para no recibir otra y no se me ocurre enfadarme con el mulo. ¿Entiendes?... Pepa, ¿es como tú?

Clara (Después de una pausa. Con irritación.) Pero aquí nadie es como yo.

D. Fel. Seguramente.

Clara Y por eso ¿los he de aguantar?

D. Fel. Tú á ellos, y ellos á ti.

Clara Yo á ellos. Ellos á mí, no. Si yo no puedo hablar en la dichosa casa. Todo lo que digo ofende; mis gustos mortifican; mis costumbres molestan... Soy un bicho raro.

D. Fel. ¿Para tu marido también?

Clara ¡Qué sé yo! El se ha criado entre estas paredes, y ha estudiado en el pueblo, y no ha visto más que este mundo salvaje. Le agradan las groserías de su gente, se reune con bestias, se emborracha alguna vez...

D. Fel. ¿También eso?

Clara (Hablando penosamente.) Y si me disgusto, me mira tan asombrado, ó se arrebata de tal modo... Dice que él es un hombre, que vive como un hombre. . Aquí, ser un hombre es ser un bruto. Y José... aunque no sea un bruto, piensa como los demás. Si yo fuese un poquito ordinaria... me querría más, y los otros no me odiarían. Para ellos, yo, porque no cojo aceitunas como una aldeana, porque no lavo como mi suegra y porque no aljofifo como su sobrina, soy una mujer inútil. Y hay otro crimen que no me perdonan... ¿No aciertas?

D. Fel. Di.

Clara Que yo no he servido ni para darles un nieto.

D. Fel. (Mal humorado.) ¡Estúpidos! (Después de una pausa.) Pero, en fin, ya, á estas alturas...

Clara ¿Qué? No puede intentarse algo?

D. Fel. ¡Intentar! (Encogiéndose de hombros.) Como no hagamos de nuevo á tu marido y á toda su casta... (Pausa.) Me consuela, en medio de todo, el estar limpio de culpa. ¡Sí, sí! Aquí no hay aquello del padre que sacrifica á la

hija por comerciar ó por librarse de una carga. Te enamoraste por... qué se yo por qué; sabías que tío José y Rufino Lajín habían sido mis criados...

Clara Sí; pero...

D. Fel. Pero, ¿qué?... ¿Tengo yo la culpa de que no te traten como á una reina?

Clara Y ¿á qué viene esa salida? ¿Te acuso yo?

D. Fel. No me acusas. Y sin embargo...

Clara ¿No es razonable lo que te pido?

D. Fel. No. ¿Más claro? No es razonable agriar la cuestión. Si á esta gente le sobra la brutalidad, la honradez no le falta. Son unos infelices, y á los infelices es fácil dominarlos. ¿Por que no lo intentas?... Chiquita, hablemos en plata. Yo, por librarte de una necesidad ó de un peligro, haría horrores; pero, ahora, no veo el peligro ni la necesidad. Y como no los veo, vuelvo á recomendarte que no te precipites. No hay que sacrificar á los que no nos han sacrificado. Las consecuencias de tu capricho no es justo que las pague yo, que no me enamoré de ningún Lajín.

Clara (Enterneciéndose.) No, si yo no quiero que tú te sacrifiques. Si yo no merezco. .

D. Fel. (Burlón.) ¿Te vas á enternecer? (Afectuoso.) Escúchame, Clara; escúchame y ten sentido común. Supongamos que, por la cuestión con esa imbécil, se enreda la madeja y riñes con la familia de tu marido y con tu propio marido. ¿Qué pasaría en tal caso?... Pues, en tal caso, tu padre tendría que recogerte, y además, como no ha dejado de ser un caballero, tendría que pagarle unos duros á Rufino Lajín. ¿Te enteras?

Clara Me entero.

D. Fel. Pues entérate también de que esas cosas, las dos, son un poquillo arriesgadas y un poquillo difíciles. ¡Pagar!... ¿Sabes lo que me queda? Un cacho de finca, la mitad de ese huerto, con la casa vieja,—porque esta que habitas es ya de Rufino—y una rentilla miserable de mil duros. ¿Cómo ibas tú á vivir? ¿Junto á nosotros, como una perdularia, ó junto á la tía Isabel, de gorra?... Va-

mos, no seas niña. Reflexiona, por Dios, y confórmate con el cariño de tu marido.

Clara (Con violencia.) Y ¿me he de conformar también con que me martiricen?... Sí, porque anoche, por miedo á Adrián, no te lo dije todo.

D. Fel. (Inquieto.) ¡Hola! A ver, á ver...

Clara (Rompiendo á llorar.) ¡Me ha pegado!...

D. Fel. (Acariciándola.) Clara, chiquita... hija mía...

Clara (Llorando.) ¡Porque me odia!... ¡Sin que yo diese un motivo!... ¡Por envidia!... ¡Por maldad!...

D. Fel. Vamos, Clara, chiquita...

Clara No se contentó con decir que yo era una hambrona y que venía á tragarme lo que ellos ganaban trabajando. ¡Necesitaba también pegar! Y el tío José de su parte, y mi suegra con la misma tranquilidad que si no ocurriese nada. (Suena muy lejano un confuso vocerío y el estallido de unos cohetes.)

D. Fel. Bien. No llores más. Límpiate esos ojos.

Clara No soy de mármol.

D. Fel. De acero debes ser, porque eres mi hija. Basta de lágrimas. (Clara procura serenarse.) Es preciso que hables seriamente con tu marido Esa mujer no puede vivir en tu casa.

(Suenan las voces más cerca. Se oye también el ruido desapacible de una banda de música.)

Clara Si quisieras tú...

D. Fel. Yo no. Has de ser tú la que hable.

Clara ¡Pero, papaito!... Buenamente, sin reñir... Si lo que yo deseo es que tú influyas. A tí te respetan todos.

D. Fel. No, Clara. No es correcto. Además... podía ser peligrosa mi intervención en semejante asunto.

(La RABONA, corriendo, con una botella en la mano, entra por la derecha. Es una chiquilla flaca y sucia. Viste un zagalejo encarnado y un justillo verde.)

Rab. (A gritos.) ¡Señá Jesusa, señá Jesusa! (Cortada al ver á don Felipe.) ¿No está la señá Jesusa? (A Clara.) Pos hágame usté el favor, que ya vienen ahí. (Se oye el vocerío más cerca.) ¡Digo, escuchen ustés! (Dándole á Clara el dinero.) Tres perrillas de vino de la hoja, del güeno, pa don Marceliano. (Clara coge la botella y llénala

en el tonel del colgadizo.—Las voces aproximanse, los cohetes estallan junto al patio, la música ruge.)

D. Fel. (Acercándose á la verja.) Ahí están. (Clara le da la botella á la Rabona, que salta de júbilo.)

Cleto (Dentro.) ¡Viva José Lajín!

Voces (Dentro.) ¡Vivaaa!

Rab. (Que sale como una exahlación.) ¡Viva!

(TÍA CURRA, temblando de enternecimiento, entra por la izquierda.)

Cleto (Dentro.) ¡Viva el Castelá de Benalcázar!

Voces (Dentro.) ¡Vivaaa!

(Entran á escape, por la derecha, unos cuantos mozos y mozas y varios chiquillos acaudillados por la RABONA.)

Cir. (Dentro.) ¡Vivan los Lajines!... ¡Viva la justicia!... ¡Viva Dios!

Voces (Dentro y en escena.) ¡Vivaaa!

(Entran DIONISIA y PAULA, cogidas á TIO JOSÉ, CIRIACO, RUFINO y CLETO; detrás JOSE LAJIN, en hombros de dos mozalbetes, un buen golpe de campesinos, BOTIJILLA al frente de sus bandoleros, que ejecutan un paso-doble, y JESUSA y PEPA que vienen llorando.—José Lajín viste un traje oscuro de americana y se toca con un sombrero flexible; su padre se engalana con un marsellés y un sombrerote gris; Cleto viste también de americana, y Ciriaco trae el chaquetón al hombre y luce una «guayabera» de dril y un sombrerillo achulado.)

Cir. (Corriendo hacia tía Curra.) ¡Tía!

Curra (Llorando.) ¡Ciriaco, hijo de mi alma!... (Se abrazan.)

José (Risueño.) ¡Ea, soltadme, que me hacéis cosquillas! ¡Basta ya! (Se arroja al suelo, y tía Curra, arrodillándose ante él, se coge á sus piernas gimoteando.)

Bot. ¡Alto! (Dejan de soplar los músicos.)

Curra (Entre sollozos.) ¡Que te bendiga la Virgen, talento macho, gloria de la tierra! ¡Que to te salga bien y que se le salten los ojos al que te mire con envidia!... Porque lo que has conseguío tú... (Gruñendo.) ¡Pero arrímate aquí, Ciriaco de los demonios! ¿No le has besao los pies, ladrón?

José (Impaciente.) ¡No, que no me bese nada! ¡Bueno va ya! (Aparta á la vieja y á Ciriaco y acércase á su mujer y á don Felipe.) Clarucha, reina, ¿qué

te pasa á tí? (La abraza y la besa en el cabello porque Clara hurta el rostro.)

Clara (Protestando.) ¡Hombre!

José (Con despecho.) ¿No soy tu marido?... ¡Pamplinosa! (Abrazando á don Felipe.) Ya sabía por Gervasio que estaba usted aquí. Mimos de esta sensitiva, ¿eh? Creería que se iba á morir. (A Clara, con cariño.) ¡Ya, ya te arreglaré yo por asustarnos! (Le da un azote que arranca un grito á la mujer y se ríe bárbaramente.)

Clara (Avergonzada.) ¡José!

José (Riéndose.) ¡Boba! (A Gervasio, que entra por la derecha.) ¡Eh, tú, filósofo!

Clara (Saliendo á recibirle.) Gracias á Dios que llega su señoría.

Gerv. (Abrazándola.) Aquí me tienes, mona.

(GERVASIO es un mozo que desdeña los perfiles de la indumentaria y que no aspira á llamar la atención por su pulcritud.—DON MARCELIANO, que entra apresuradamente por la derecha, tampoco es un Brummel. Viste un traje color de crema demasiado estrecho, exhibe un bombin de exageradas dimensiones y se apoya en una especie de olivo.)

D. Mar. (Con los brazos abiertos.) ¡José, Joselillo!...

José (Dejándose estrujar.) ¡Don Marceliano!

D. Mar. (Apretando como un oso.) ¡Duro, que ahora me toca á mí!... ¡Duro, Cicerón, Demóstenes, fiera!...

José (Vergonzoso.) Don Marceliano...

D. Mar. (Conmovido.) Señores, he dicho que ahora me toca á mí, y voy á largar mi viva. Atención. ¡Viva la honra de Benalcázar!

Todos ¡Viva! (Jesusa, que no ha cesado de llorar, se abraza á su hijo zollipando.)

Jes. ¡Hijo de mi corazón, que si no viera esto no lo creyera!

José (Riendo y apartándola con brusquedad.) No sea usté ridícula, madre.

Jes. (Volviendo á la carga.) ¡Hijo de mis entrañas, que ha hecho la cosa más retegrande del mundo!... ¡Que te echen á tí abogaos y justicias! ¡Veremos pa qué sirven!

Ruf. (Con gravedad.) No seas inorante y no digas tonteras.

Jes. Serán tonteras pa tí, porque pa los hombres toas son tonteras. Pero es mi hijo, mi hijo

de mi alma, y tengo que decir que pa él no hay justicias, porque en su celebro se ha metío to el talento de la humanidá.

Ruf. (Apartándole con energía.) Anda, anda, que hay gente. Pocas barbaridaes ahora. (Tendiéndole la mano á don Felipe) Don Felipe, ¿qué hay desde antier?

D. Fel. Poca cosa, Rufino.

Ruf. Aunque no venga á pelo, porque usté lo sabe, coste que esta casa es su casa y que aquí tos somos unos... pa servirle.

D. Fel. Gracias, Rufino.

(ADRIÁN, en mangas de camisa, aparece en el balcón.)

Adrián Señores, buenos días. ¿Te doy la enhorabuena, José?

José (Señalando á Ciriaco.) Aquí está el preso...

Adrián Ahora voy. (Retírase del balcón, se pone una americana y entra en seguida por la izquierda.)

Ruf. ¿Y... aquello, Ciriaco?

Cir. (Con perplejidad, avanzando hacia Clara.) Pos aquello... (Con súbita resolución.) Escúcheme usté, Clara, ó mejor dicho, señá Clara. Aquí, José, creo yo que es su esposo, y por eso yo, sin deliberá y como persona agradecía, digo, pa su satisfación, que aquí José, como abogao, es el arbitrio.

Clara (Sin saber cómo replicarle.) Vaya...

Cir. Y cuidao con esto. Que no digo lo que digo pa que me lo agradezca usté. El agradecío soy yo. Y le doy á usté las gracias, porque usté es su esposa y por muchos años lo sea. Y á lo que iba, que estoy en el carrí Sin su esposo, yo, perdío pa sinfinito en una cárcele, ó por ahí de mazmorra en mazmorra, porque al fin, aunque la grandísima desdichá de mi mujer me la hubiera pegao, yo le dí algunos cortes, y esá acción es un climen, y está condená con su pena. Por donde yo, sin esa criatura, ó más bien, sin ese abogao, que es de lo mas abogaísimo, tendría la soga en el pescuezo ó el grillete en el pie. Asina es que, vamos, tengo que declará á voces delante de su mujer y tamién de la demás familia, sin desprecio pa los presentes .

Clara Declara, hijo, Ciriaco.

Cir. Tengo que declarar que estoy tan agradecío á ese arbitrio de los abogaos, que... güeno, no me voy á juntar con mi costilla, pero si me ajuntara y diese un tropezón... ¡pos le cortaba la cabeza pa que José golviera á lucirse! (Todos se ríen.)

Curra Mirar, mirar al maldecío, que nó se ha quedao sin gracia.

José (Dándole una palmada en el cogote á Ciriaco.) Lo que tú tienes que procurar es que yo no me vuelva á lucir defendiendo semejantes cosas. Tú y todos los del pueblo.

Bot. ¡Hombre, tós!... Una esgracia, ¿quién la pué evitar?

José Cualquiera. A las mujeres se las endereza á tiempo. Nada de fiarse. Cien ojos, la tranca empuñada, y en cuanto se descarríen... palo. Hay que ser todos los días un tirano para no ser algún día un verdugo.

Adrián Chico, ¿te burlas ó dices en serio esas enormidades?

José ¿Enormidades? ¿Por qué son enormidades?... ¡Ah! Te duelen por tu hermana. (Riendo.) Dispensa. Yo he hablado en general. No me he referido á mi mujer, que, en este punto, es una excepción.

Adrián De todos modos...

José (Gravemente.) Yo creo que basta conque Clara sea una excepción. (Pausa.) Y perdona mi brusquedad... que no te sorprendería si me conocieras bien. Yo soy menos fino que una olla de barro. (Algunos se ríen.) Lo que tengo en el fondo sale toscamente. Soy... no un señorito, sino un patán con carrera... ¡y con orgullo para engreirme de ser lo que soy!

Bot. ¡Ahí los hombres!

Cir. ¡Los hombres con reaños de hombre!... (Desafiador.) ¿Hay quien lo niegue?... Yo me bebo tres copas á las malas con el que lo niegue.

Tío José Y yo tres mil. Pero ahora nos las vamos á beber á las güenas, tos juntitos, pa celebrar el acontecimiento. Alzando, niñas, que á la que llegue antes le pego un beso.

Dion. (Riendo como los demás.) ¡Huy, tío José! ¿Así anda ya sin catarlo?

Tío José Más barbián que el sol. Ea, ¡alante to el mundo! (Tía Curra se va por el colgadizo con algunos mozos. Botijilla, en un arranque de humorismo, le extrae á su cornetín las notas que anuncian la salida del toro.)

Bot. (Entre carcajadas de aprobación.) Vamos al bicho. (Salen por el colgadizo tío José con Ciriaco, Botijilla y los músicos, Dionisia, Paula y la Rabona con las mozas, y Cleto acaudillando á los hombres y á la chiquillería.)

D. Mar. (A Rufino.) ¿Y vosotros?

Ruf. En seguida. (Sale don Marceliano por el colgadizo.) ¿Qué, no le apetece un trago, don Felipe? El aniejo está que se relambe uno.

D. Fel. No, luego. Sin bulla.

Ruf. A su gusto ha de ser. (A Clara, cariñosamente.) Y tú, ¿de qué alifafes te quejas? Desarruga ese jociquillo, mujer, y mira á esa criatura, que paece que no ha roto un plato, toa trunfante. Ya pués ponerte ancha de satisfación.

Clara Y me pongo.

José (Bromeando.) Lo dices de una manera... Y es que, cuando se te inflama el geniecillo, hay que temblar. Qué, madre, ¿cómo se ha portado estos días?

Jes. (Con viveza.) Como siempre.

José ¿Bien?

Jes. No se ha portado mal.

Pepa (Con despecho.) ¡Seré yo la que se ha portao mal!

José (Sorprendido.) ¿Tú? ¿Quién habla de tí?

Pepa Si no se habla ahora...

Jes. Calla, Pepa.

Pepa Me callaré. Pero yo sé portarme. No soy tan bestia, aunque no haya nacido señorita. ¡Todas no vamos á ser señoritas!

Clara (Desdeñosa.) ¡Naturalmente! Cada una es como es y se porta como quien es.

Pepa (Agresiva.) Eso digo yo. Mire usté qué casolidá. Las mismitas palabras. Ca una es como su madre la ha criao.

José (Cada vez más sorprendido.) Pero, ¿qué es esto? ¿Qué pasa aquí? ¿Qué ha pasado aquí?

Clara Figúratelo. Ya sabes cómo es tu prima.

Pepa ¡Y mejor sabes cómo es tu mujer!

José (Irritado.) ¡Silencio!

Pepa (Con amargura.) ¿Veis? ¡A que tengo la culpa yo!... Milagro fuera.

José ¡Silencio!

Pepa (Indignada.) ¿Pa que ponga las cosas á su gusto y pague yo?... ¡Pues si ella es una señorita, yo no soy una criá!

Ruf. (Sulfurado.) Tú eres una irracional sin istintos. Y podías tener más prudencia y más vergüenza y fijarte en que no estás sola con la familia.

D. Fel. No, no, Rufino. Todos los que la oyen pertenecen á la familia.

Ruf. Con perdón, yo sé por dónde voy. Ustés, don Felipe, seis y no seis de la familia. Y pa cosas así...

D. Fel. Cosas así nos interesan á nosotros tanto como á vosotros.

Adrián (Secamente.) Más.

José ¿Más? ¿Por qué razón?

Adrián ¡Oh! Por muchas razones.

Gerv. Si no más, lo mismo. Eso no debe molestarte, José.

José (Sin replicar, después de una pausa.) ¿Qué ha ocurrido, madre?

Jes. (Vacilante.) Después de todo... estos piques... entre familia..

José (Impaciente.) Sí, sí.. ¡Bueno!... ¿Qué?...

Jes. (Decidiéndose.) Pos una agarrá, hijo mío. La más tonta. Que si esta dijo no sé qué sin mala intención; que si la otra lo tomó por donde quemaba... Y ahí tienes.

José (En un estallido de cólera.) ¡Por vida de mi vida!... ¿He de estar yo siempre aquí para que no se hagan barbaridades?

Adrián (Con insolencia.) Las hará tu prima.

D. Fel. (Con agresiva frialdad.) Clara no hace barbaridades.

José (Conteniéndose.) Señor don Felipe, estoy hablando de mi mujer; y de mi mujer puedo yo decir...

D. Fel. Todo lo que no la ofenda.

José Un marido no ofende nunca á su mujer.

Ruf. Diga lo que diga de ella. Por lo menos entre nosotros.

D. Fel. Entre nosotros no es así.

(TÍO JOSÉ, que se asoma al colgadizo empuñando

una venencia, al oir la disputa se aproxima á su nieta.)

Ruf. Pues entre nosotros sí lo es. Y Clara es la mujer de mi hijo.

Adrián Pero es mi hermana.

D. Fel. Y cosa nuestra.

José ¿Vuestra?... ¡Mía! ¡Desde que nos echaron las bendiciones, mía!... De nadie más.

Gerv. (Conciliador.) Vaya, vaya, José. Tuya y nuestra. Y ten calma. Y tenedla vosotros. Nos estamos exaltando y no nos debemos exaltar.

D. Fel. Tienes razón. Esto no es decoroso. Y para que no suceda más, tú, José, impide en lo sucesivo que se desboque tu extraordinaria prima.

Pepa (Casi llorando.) ¿Por qué soy extraordinaria? ¿Por qué? (Refugiándose en los brazos de su abuelo.) ¡Todos me han de insultar!

Tío José (Muy emocionado.) No es tan extraordinaria mi nieta, don Felipe.

Ruf. (A don Felipe.) Y sin que esto sea faltarle al respeto, le voy á pedir que haiga en las palabras consideración. (Adrián mira á Gervasio y se ríe.)

José (Después de fulminar con los ojos á su cuñado.) Padre, no hay nada ofensivo en las palabras de don Felipe.

Gerv. Ni en la intención. No hemos venido á pelear.

D. Fel. Pero insisto en que hay que impedir ciertas... ligerezas desagradables. Si tu mujer y tu prima no se entienden, lo mejor es que no se vean. Tú... estás en tu casa.

Tío José (Comprendiendo la intención de don Felipe.) Y en la mía, que es también de mi nieta.

José De su nieta, y de usted, y de ellos, y de todos. Oigalo usted, don Felipe, y óigalo usted, abuelo. Y por lo que más quieran ustedes, respeten la paz en que vivimos. Por una bobada es absurdo llegar... sabe Dios á qué. Han reñido. Y es una pena que hayan reñido. Pero eso de que riñan dos mujeres, ¿es tan grave?... ¡Bah! No hagamos tonterías, ni toleremos que se hagan. (Con autoridad.) Pepa, la mano. (Pepa acércase humilde como un

cordero.) Clara, ven tú. (Clara vacila y retrocede.) Ven.

Clara (Con displicencia.) Pero si es inútil...

José (Suplicante.) Clara...

Clara Es inútil.

Pepa (Lloriqueando.) ¿Ves, ves cómo es ella?

José (Imperativamente.) ¡Clara!

Adrián (Con impertinencia.) No, no es esa la forma. (José suelta la mano de su prima y da una palmada colérica, sin contestar á la observación.) No es esa la forma, José.

Ruf. Y así no la vamos á encontrar.

José Bueno, señores. Quede aquí la cuestión.

D. Fel. ¡Quiá! Ya hay que afrontarla.

José (Resuelto.) Pues como usted guste.

Cir. (Dentro.) ¡Viva el arbitrio!

Voces (Dentro.) ¡Vivaaa!

(Entran por el colgadizo DIONISIA, PAULA, las MOZAS, DON MARCELIANO y BOTIJILLA.)

D. Fel. Hablaremos después.

José Hablaremos.

(CIRIACO, CLETO, la RABONA, los MÚSICOS y los LABRIEGOS, entran también por el colgadizo.)

Bot. ¡A casa de Ceriaco!

Voces ¡Sí, sí, vamos!

D. Mar. Anda, José.

Cir. ¡En hombros! ¡Arriba el arbitrio!

Bot. (Con el furor de la borrachera.) ¡Arriba!

José (Atemorizado.) No; en hombros no. Vamos allá.

Voces ¡Música, música!

Bot. (Frente á sus bandoleros.) A la una, á las dos... (Da el compás con el índice y atacan un pasodoble.)

D. Mar. ¡Viva la honra de Benalcázar!

Voces (Ya en marcha.) ¡Vivaaa!

Tío José ¡Viva José Lajín!

Voces ¡Vivaaa!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Galería en casa de los Lajines. A la derecha, en primer término, una puerta de cristales que da al zaguán, y en segundo término otra de madera, más baja. A la izquierda, en primer término, un arco adintelado que comunica con el interior del edificio. En el fondo, á la izquierda, un espejo con marco de nogal; á la derecha una cabeza de ciervo con escopetas y avíos de cazador en las astas; en el centro una chimenea de campana con cachirulos de cobre, bandejas y vasos. A ambos lados de la chimenea maceteros de mimbre con tiestos floridos. En los muros cromos baratos, el título de José y un alcarracero pintado de verde. Entre la puerta de cristales y la puertecilla baja una mesa de nogal y dos butacas de terciopelo con fundas de dril. En otros sitios de la galería sillas y sillones bastos.

—

(En las butacas, CLARA y GERVASIO. Entre los dos, en una silla, JESUSA. TÍO JOSÉ entra por la izquierda.)

Tío José ¿Estorbo?

Gerv. Nunca, tío José.

Tío José (A Jesusa.) ¿Y eso? ¿Sus habeis arreglao?

Jes. Como no ha habido ocasión...

Gerv. Vamos, soy yo el que estorba. (Se levanta para marcharse.)

Tío José (Deteniéndole.) Jesusa, ya mismo pués relatar lo que te salga. Gervasio no es un imperante, y tié ojos y distingue. (A Gervasio.) Tó va al auto de que Clara se entere y abra el sentío. Mi nieta es, porque está casá con mi nieto; pero la otra tamién es mi nieta, por-

que nació de mi hija. ¿Esto es legal?... Pos por ahí va á la fuente el macho. (A Jesusa.) ¡Arrea!

Jes. Yo, con su permiso, Gelvasio, no quiero más que hacerle á Clara algunas reflesiones, y que me castigue el Señor si lo que va á salir de mi boca no es el Evangelio de la misa, y si yo he pensao en ofender ó en mortificar. Y vamos á ver. Lo primerito, Clara, que vas á decirme es si aquí, fuera parte de lo de ayer, «te se» ha faltao. ¿«Te se» ha faltao?

Clara Queriendo, creo que no. Sin querer...

Tío José Lo que se hace con inocencia no ofende. (A Jesusa.) Sigue.

Jes. No «te se» ha ofendío. Al revés: te hemos bailao el agua, y el que más y el que menos se ha molestao, y con remucha sastifación, por servirte. Aquí, antes de tu boda, tó era guardar. Pos en cuanto se arregló el casorio se nos abrió un boquete en la palma de ca mano, y tú sabes cómo es lo que se mercó. Vea usté esas butacas, Gelvasio. Tan de terciopelo son, que yo me puse mala cuando las vide entrar. Y no mentemos tó el lujo que se agenció mi José, que estaba el pobrecillo como si se hubiera güelto loco. Y á tó esto, yo, sin oponerme, sin despegar mis labios pa una queja ni pa un suspiro... Pos llegaste. ¿Y qué pasó cuando llegaste?... Clara, no te enrites por lo que voy á decir, que voy á decirlo por tu felicidá y pa que entres por la verea de la mujer de su casa.

Clara (Con frialdad.) No, no tenga usted miedo.

Jes. Pos pasó que al entrar tú por esa puerta, la tranquilidá de nosotros se fué por aquella... Y sin que tú hicieses na malo, porque tú no eres mala. Pero, Señor, se puede hacer sin hacer.

Clara (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah! (Gervasio se ríe.)

Jes. Sí, Gelvasio. Demasiao me comprende usté. Un ejemplo. Esta se empeñó en que los animales no pasaran por aquí, lo cual no es un climen; pero el rodeo que tién que dar las bestias pa entrar por el corral, ¿no mortifica?

Clara Pero, ¿no está ahora la casa más limpia y más decente?

Tío José Andando nosotros en un pie como las grullas y con menos libertá que en la iglesia. Pos ¿y la gracia de no escupir? Eso de tener que irse á la calle pa descombrar el pulmón, ¿no es una gaita?

Jes. A los hombres no hay que fastidiarlos con monsergas. El hombre es libre pa hacer en su casa lo que le salga del pecho.

Clara (A Gervasio, burlándose.) Ahí tienes mis delitos.

Jes. No serán delitos; pero son cosas que disgustan. Lo de la comida y este es otro ejemplo, ¿te parece bien?... Aquí han metido la cuchara en la misma cazuela grandes y chicos, sin privilegios, como es ley de Dios.

Tío José Pero con curiosidá, Gelvasio.

Jes. Pues esta nos salió con la cantata del platito aparte... No, hija, no. No hay que molestar de esa manera, no hay que herir... ¿Llegas á un sitio donde las personas van á gatas? Pos tú á gatas. ¿Comíamos aquí en la misma fuente?... Pos tú con nosotros, sin tomarle asco á la familia, que tós tenemos boca y las bocas más feas ó menos feas, iguales son y sirven pa lo mismo.

Clara Sí; pero como no perjudicaba á nadie pidiendo un plato...

Jes. No se trata de perjudicar: se trata de herir. Y bien heriste á Rufino, que es el colmo de lo delicao. Como los ataques de tu genial... ¿Te paece una gracia eso de que pa ti tós los del pueblo sean bastos y toas las muchachas cúrsiles y...?

Clara (Interrumpiéndola. Con desdén.) Pero, Jesusa, Jesusa...

Jes. Y esa es otra: Jesusa. No he lograo que me digas madre.

Clara No me acostumbro... No puedo..

Jes. ¡Y si te acostumbraras á otras cosas!... Me da lástima de lo tontita y de lo inorante que eres, habiéndote istruído tanto. ¿Pa qué le llevas la contraria á José y te pones en un lugar que no es el tuyo?... ¿Pa que te lo quiten y te cueste lágrimas?... La mujer tié que estar sumisa en su sitio, que es el que

le dejan. El deo meñique de un hombre vale por diez mujeres. Y hay que saber esto pa vivir en gracia de Dios.

Clara (Indiferente) Bien. ¿Se acabó el sermón?

Jes. (Picada.) Se acabó. Pero podría seguir pedricando y podría decir que ni siquiera te interesas por la casa.

Clara (Burlona.) ¡Ah! ¿Sí?

Jes. Hoy mismo lo has demostrao. ¿No te pidió la Rabona tres perras de vino? Y en vez de echarle lo regular, ¿no le llenaste la botella?

Clara (Con desden.) Un derroche. La ruina.

Jes. Pues por esos caminos viene. Conque no te burles. Pero, en fin, no es esa la cuestión. Yo he relatao lo que he relatao, no pa que te inrites, sino pa que cambies y haiga paz.

Clara Lo que es yo no soy quien desea la guerra. Si la desease, la imitaría á usted, y diría todo lo que aquí me parece repulsivo. Pero no deseo ni he deseado la guerra. Quiero vivir en paz, y haré todo lo posible por conseguirlo; pero en ciertas cosas no cambiaré.

Tío José (Arisco.) ¿Y esa es tu contestación?

Clara Esa es.

Tío José (Irónico.) De rechupete, hija. ¡Manífico! Tanta charla pa esto. ¿Qué tal, Gelvasio?

Gerv. Tío José, siento decirle que mi hermana tiene razón. Lo cual no significa que ustedes no la tengan. Y eso es lo grave. Cuando se discute y uno ó varios de los discutidores carecen de razón, es posible llegar á un acuerdo; cuando tienen razón todos los que discuten, es imposible.

Jes. Pos que la Virgen nos ayude. Yo hice ya lo que tenía que hacer. (Sale por la izquierda. Hay unos instantes de silencio.)

Clara (A Gervasio.) Avísame en cuanto llegué José.

Gerv. ¿Te vas?

Clara Casi no he dormido... Voy á acostarme un rato. (Sale por la izquierda.)

Tío José (Moviendo la cabeza.) ¡Por vida de... los porvividas! (Después de una pausa.) Gelvasio, ¿por qué ha dicho usté que tos tenemos razón? ¿Es una burla?

Gerv. No. Yo no me burlo de las personas respetables.

Tío José Y pa usté, yo... ¿soy persona respetable?

Gerv. (Riéndose.) ¡Pero, hombre! ¿No ha de serlo?

Tío José (Alargando la diestra.) Choca. Desde este momento, nosotros, por mí, amigos, amiguísimos. ¿Eh?

Gerv. La fija.

Tío José Pos choca ahí. (Entran por la derecha RUFINO y DON FELIPE. Rufino trae dos botellas.)

Ruf. No le digo á usté que pasemos á mi cuarto, porque no ofrece comodidaes.

D. Fel. Es igual.

Ruf. Padre, haga el favor. (Indícale con el gesto que se vaya.)

Tío José Ya mismo.

Gerv. Vamos, tío José. (Salen Tío José y Gervasio por la izquierda.)

Ruf. (Poniendo dos vasos en la mesa.) Se va usté á asombrar del cuerpo que ha tomao este blanquillo. (Llena los vasos.) Por usté, don Felipe.

D. Fel. Por ti, Rufino. (Beben.)

Ruf. Que de salú sirva. (Límpiase los labios con el dorso de la diestra y saca un petacón mugriento.) ¿Usté no lo gastará del fuerte?

D. Fel. (Sacando su pitillera.) Toma de estos.

Ruf. No me sabe. Pa mí el tabaco, en no siendo de arrancarrejas.. (Encienden los pitillos.) Y ahora, don Felipe, usté resollará.

D. Fel. Rufino, si no me engaña la memoria, nos conocemos hace treinta años.

Ruf. Histórico.

D. Fel. Por consiguiente, me conoces muy bien, y no te ha de coger de sorpresa mi claridad.

Ruf. Seguro.

D. Fel. Pues sin requilorios, ahí va lisa y llanamente lo que deseo: que Pepa no viva junto á Clara. (Rufino bebe un trago y fuma con visible perplejidad.)

Ruf. Ya tiró usté antes una indireta sobre el asunto, y en seguida escomencé yo á pensar.

D. Fel. Y ¿qué has decidido?

Ruf. Don Felipe, lo mesmo que yo le conozco á usté hace treinta años, me conoce usté á mí hace treinta años. Esto es aritmética. Y si usté es claro, yo no soy turbio, y «me se» figura, con perdón, que no lo tengo que ser.

D. Fel. Adelante, Rufino.

Ruf. Adelante, don Felipe. Digo que soy claro, y como la claridá no está reñida con la razón, voy á enseñarle mi juego. Esta casa, don Felipe, no es mía, ni de mi hijo, ni de mi padre. Es de los tres. Y es igualmente de Pepa, hija de mi hermana. Y si Pepa, que es una criatura sola y mocita, está además en su casa cuidando de lo suyo y comiendo de lo suyo, ¿quién la despide?

D. Fel. Eso no lo he de resolver yo. Yo no me opongo á que Pepa cargue con lo suyo y con algo más, ni á que la acompañen personas de su familia. Allá vosotros; porque á mí, valga la franqueza, no me importa tu sobrina, sino mi hija.

Ruf. A mí sí me importa la sobrina, don Felipe,

D. Fel. Pero tú tienes obligaciones que cumplir conmigo, y te exijo que las cumplas. Tú eres aquí el dueño de todo, porque tu hijo y tu padre solo ven por tus ojos. No lo niegues.

Ruf. (Con mucha calma.) Eso último, no. Lo que sí voy á negar es que yo tenga obligaciones con usté.

D. Fel. (Con insolencia.) ¡Hola!

Ruf. Que yo sepa, no tengo obligaciones. Ahora que si las he adquirido sin saberlo... Usté dirá. ¿Cuáles son mis obligaciones?

D. Fel. Muchas.

Ruf. Vengan.

D. Fel. Con orden. Recordarás cómo acordamos el casamiento. Parece que José, durante la temporada que pasó mi hija en el Herrumblar la engatusó.

Ruf. O ella á él, don Felipe. No rebajemos.

D. Fel. (Con severidad.) Sin orgullo, Rufino. (Apaciblemente.) El caso fué que se enamoriscaron, que me diste la noticia, y que, como era natural, no me entusiasmé. Hay ciertas cosas que, aunque no denigren no agradan, y yo no iba á olvidar de sopetón que el novio de mi hija era hijo de un hombre que me había limpiado las botas.

Ruf. De lo cual no me avergüenzo.

D. Fel. Tú, ¿por qué? Pero yo, aunque tampoco me avergonzase mucho, ví disgustado la boda.

Mi hija merecía un hombre de mejor cuna que José; pero como se encaprichó y el mozo parecía honrado...

Ruf. Y ¿nada más que su honradez le hizo cerrar los ojos, don Felipe? ¿No pensó usté que la criatura tenía que heredá algunas talegas?... Porque así es el mundo.

D. Fel. Y ¿por qué no había de pensar en el dinero?... Sí; me convenció el dinero, me alegró la idea de que mi Clara volviese á entrar como dueña en los dominios que fueron míos y que hoy te pertenecen. Pero... y aquí está el pero que no podía faltar, eché unas cuentas que no me han salido.

Ruf. Sobre....

D. Fel. Sobre vosotros. Yo esperaba que tratárais á mi hija como se merece. Y á tratarla así— y llegamos al capítulo de las obligaciones— te comprometiste tú.

Ruf. Y he cumplido.

D. Fel. (Con ironía.) ¿De veras?

Ruf. (Con absoluta tranquilidad.) De veras.

D. Fel. (Después de una pausa.) Rufino, si yo no fuese tan bien educado, afirmaría que mientes. (Enérgico) Tu casa es para mi hija un presidio; mi hija no ha encontrado aquí respetos, sino groserías y brutalidades.

Ruf. (Con entereza) ¡No es verdá!

D. Fel. ¡Lo digo yo, y es verdad!

Ruf. ¡Anque lo diga usté, no es verdá! ¿Quién le ha faltao?... ¿Su esposo, mi mujer, yo?... ¿No la he tratao yo como á una hija?...

D. Fel. ¡Justo! Y ahí está el mal. Porque tú no has debido tratarla como á una hija tuya, sino como á una hija mía.

Ruf. (Entre asombrado y burlón.) ¡Hombre!

D. Fel. Así. Como á una hija mía, como á la hija de un caballero, como á una señorita.

Ruf. (Después de beber un trago.) Gorda es la equivocación, don Felipe.

D. Fel. ¡Y tanto!

Ruf. La equivocación de usté. No, don Felipe: yo no fuí por una señorita, yo no fuí por un ama, sino por una mujer pa mi hijo. Y esa mujer, al entrar en mi casa, no había de ser más que nosotros: y al entrar en la alcoba

de mi hijo, había de ser menos que mi hijo. Y como esta es la ley natural, yo no podía comprometerme con usté á sacrificar á mi familia, porque á Clara se le llenase la cabeza de humo.

D. Fel. Perfectamente. No te crees obligado á... (Se oye la música á lo lejos.)

Ruf. (Interrumpiéndole.) A nada.

D. Fel. Y te niegas á servir de mediador.

Ruf. Con esas condiciones, me niego.

D. Fel. Bien. Perfectamente. Discutiré con el abogado. (Suena más cerca la música. Don Felipe apura el resto de su botella y se levanta.) Discutiremos.

Ruf. Quizás sería más conveniente no discutir. (ADRIÁN, GERVASIO y TÍO JOSÉ, atraídos por la música, entran por la izquierda.)

Tío José (Entusiasmado por el estrépito que arman los campesinos.) ¡Duro, duro con los estrumentos! ¡Asopla, Botijilla!

Una voz (Dentro.) ¡Viva José Lajín!

Voces (Dentro.) ¡Vivaaa!

José (Dentro. A gritos para dominar el barullo.) ¡Basta de vivas!... ¡Cada mochuelo á su olivo, que estoy reventado! (Dejan de tocar los músicos. JOSÉ entra por la derecha y desde la puerta saluda á los labriegos.)

Otra voz (Dentro.) ¡Viva nuestro Castelar!

Voces ¡Vivaaa!

Otra voz (Dentro Más lejos.) ¡Viva España!

Voces (Alejándose.) ¡Vivaaa!... (José, rendido, se sienta en una butaca.)

José ¡Señores.. qué modo de beber y de barbarizar y de echar los pulmones!...

Adrián (Con malevolencia.) Y de divertirse. Porque eso de pasear entre buenos trompetazos, como un rey de opereta, no le disgusta á nadie.

José (Con benevolencia.) Hombre, Adrián, no te burles así. ¿Te figuras acaso que no sé yo que todo esto es ridículo? (Reconviniéndole.) ¡Hombre, Adrián!

Tío José ¿Ridículo? Pos pa mí no es ridículo. ¡Porque te lo mereces! (Abrazándole.) Y te declaro que no me cabe el corazón en el pecho de orgulloso que estoy.

Ruf. Y yo, ¿qué te voy á decir? (Le abraza también.)

José (Conmovido.) Y usted, don Felipe, ¿no me dará un abrazo? Ya que tengo tres padres, que no sean dos solamente los que me abrazan. (Don Felipe accede á la súplica con frialdad.)

D. Fel. En otra ocasión yo hubiera celebrado tus triunfos y te hubiese abrazado con más orgullo que el primero. En esta...

José Y ¿es mía la culpa?... Y á pesar de no ser mía, ¿no cae sobre mí el castigo de ver disgustados y mirándose con rencor á hombres que debían quererse?

Gerv. No, no; exageras. No hay rencor; molestia si acaso.

José Pues molestia. ¿No es bastante? Entre nosotros sólo debía había haber cariño. (A don Felipe.) Aquí se le quiere y se le respeta á usted. Prescindiendo de mis padres, quizás en el mundo no me preocupe más que la opinión de una persona, y esa persona es usted. Por usted haría yo los más grandes sacrificios. Y usted, sin embargo...

D. Fel. Yo, ¿qué?... No, no, José. Te agradezco esas palabras, que te honran y me honran, pero con ellas no me convencerás. Si tan grandes sacrificios harías por mí, ¿cómo retrocedes ante uno tan vulgar como el que te he pedido que hagas?

José ¿Vulgar, don Felipe? Pregúntele á mis padres. ¡Qué ha de ser vulgar! Y si lo pidiera usted por algo de verdadera importancia, si algún grave motivo justificara la súplica... ¡Pero, señor, si no lo hay! Una riña, unas pequeñeces femeninas completamente risibles... ¡Por Dios! Si es absurdo.

Adrián Yo no opino así.

José Porque no conoces á Clara ni á Pepa; porque no sabes que tu hermana es una chiquilla voluntariosa y Pepa la mayor infeliz que come pan en el globo. Y ahora la vas á conocer. Llame á Pepa, abuelo.

D. Fel. No, no, no. ¿Para qué? (Sale el tío José por la izquierda.)

José (Con energía.) Para que la oigan ustedes, para que la conozcan ustedes, para que sean ustedes justos con ella. Mi prima no es un animal feroz, señores.

D. Fel. Si yo no la creo feroz. Pero, ¿vas á negar sus violencias?

José ¡Sus violencias! Verán ustedes en lo que acaban sus violencias. (A PEPA, que entra por la izquierda con JESUSA y TÍO JOSÉ.) Acércate.

Pepa (Con timidez y recelo.) Aquí estoy.

José Acércate, criatura.

Pepa Estoy bien aquí.

José (Impaciente.) No seas majadera. (Cogiéndola por un brazo.) Ven.

Pepa (Con lágrimas en la voz.) Si no me da miedo. No te figures que me da miedo.

José ¿De qué, infeliz?... Vamos, no seas niña. Pierde el temor y escúchame, y contesta como tú debes contestar. Les he dicho á estos señores que, á pesar de tus defectos, eres tan buena como la más buena.

Pepa (A punto de llorar.) ¡No, si yo soy muy mala y «muy perrísima»!...

José (Con disgusto.) ¡Calma, por Dios!

Pepa La otra es la buena. ¡Porque haiga nacío señorita!...

Adrián ¡Bah, bah, bah!...

Pepa Y yo, una... extraordinaria. ¡Así, por lo claro! Yo..

Jes. (Conteniéndola.) ¡Pero, hija!

José Mira, Pepa, si empezamos á barbarizar...

Pepa (Con exaltación.) ¡Pos que haiga justicia y no pague yo sola! El golpe que yo le dí, un horror. Y el abanicazo... el abanicazo, no se cuenta. (A don Felipe.) Diga usté, ¿por qué no se cuenta el abanicazo que ella me dió?

José (Con ira.) Pero, ¿no callarás, necia?

D. Fel. (A José.) ¿No te dije que valía más dejarla?

José No vale más, don Felipe. (Persuasivo.) Pepa, contéstame francamente, olvidando ahora tus resentimientos. Ahora no vamos á agriar la cuestión, sino á endulzarla. Pero no me contestes así. Mírame con valentía. (Haciéndola levantar el rostro.) Dime, ¿tú me crees capaz de mentir?

Pepa (Temblorosa.) No.

José Bueno; pues yo, que no miento, te juro que esta vez te has portado mal, con indelicadeza, feamente. (Pepa rompe á llorar.) No, no es

con lágrimas como se sale de estos lances sino con humildad y nobleza.

Pepa (Sollozando.) Y ella... que un día se burló de mi vestido...

José No se trata de lo que haya hecho antes mi mujer.

Tío José Pues, hijo, si toas las pedrás van á ir contra Pepa ..

José (Sin hacerle caso al abuelo.) Se trata de lo que ahora has hecho tú, y quiero que lo borres pidiéndole perdón á Clara.

Pepa Es que yo...

José ¡Ah! ¿Tú no quieres?

Pepa Si te has comprometido... por ti...

José Por mí, no. Pedirás perdón, porque desagraviando á Clara cumples con tu deber. Y me he comprometido á que lo pidas, porque te conozco.

Pepa (Humildemente.) Pediré perdón. (Rompiendo á llorar otra vez.) ¡Pa que aluego me insulten! (Huyendo hacia el interior de la casa.) ¡Por no ser yo señorita. (Sale por la izquierda.)

Jes. (Persiguiéndola.) Muchacha, ten más rejo. A ver si te da un torozón.

Tío José A tí querría yo ponerte en su lugar. (Salen Jesusa y tío José por la izquierda)

José ¿Están ustedes satisfechos?

D. Fel. Si se satisface mi hija...

José ¿Y por qué no?

Adrián Porque no arreglan nada unas palabras.

José Para los soberbios.

Adrián O para la gente que estima su decoro.

José (ConteniéndJose.) Lo que gustes, Adrián. Cada uno entiende el decoro á su manera, y es posible que Clara no lo entienda como tú. Y eso es lo que yo tengo que averiguar en el acto, con el permiso de ustedes. Con que hasta luego.

D. Fel. Anda con Dios. (Hay unos instantes de silencio.)

Ruf. ¿Qué, no se da un voltazo por la huerta?

Adrián (A don Felipe.) ¿Qué te parece?

D. Fel. No. Voy á escribir.

Adrián Anda tú, Gervasio.

Gerv. Bueno. (Salen por la derecha.)

Ruf. ¿Se le antoja algo, don Felipe?

D. Fel. Nada, Rufino.

Ruf. En el chinero hay botellas, y si se le antoja algo más, arriba, en el sobrao, estoy.

D. Fel. Bien, Rufino. Pero no se me antoja más que papel.

Ruf. Pos en el despacho tiene usté de tó. (Sale Rufino por la puertecilla de la derecha. Al mismo tiempo entran por la izquierda CLARA y JOSÉ.)

D. Fel. (Al matrimonio.) Hasta después.

José Hasta después, don Felipe.

Clara Adiós, papá. (Sale don Felipe por la izquierda.)

José Siéntate, Clara.

Clara (Acomodándose en una butaca.) Dí.

José ¿Quieres escucharme unos minutos?

Clara (Haciéndose la sorprendida.) ¡Qué fino está el tiempo! (Cariñosa.) Yo siempre te quiero escuchar.

José (Adusto.) ¿Y molestarme?

Clara ¡Yo!

José ¿Qué alusión es esa á mi finura? ¿A qué viene ahora lo de si el tiempo está fino ó no está fino?... Cualquiera pensaría que te trato á puntapiés.

Clara (Con malignidad.) A puntapiés precisamente...

José (Amoscado.) Bueno, Clarucha. ¿Vas á pincharme? ¿No te basta pelear con mi prima y te empeñas en que peleemos todos?

Clara ¿Se acabó la finura? ¡Jesús, qué surtido más corto!

José (Dando una patada.) ¡Ah! Te has propuesto irritarme.

Clara Si no hace falta, hijo. Si estás siempre irritado. ¿Es que contigo se puede hablar pacíficamente?

José ¿No? Yo muerdo, ¿verdad? ¡Yo soy un bruto, un gañán, un salvaje!...

Clara Ya salió aquello á relucir.

José ¡Claro! Como saldrá siempre que quieras dominarme. Pero, ¿cuándo te vas á convencer de que en mi casa no hay más que una voluntad, y de que esa voluntad es la mía?

Clara Si lo sé. Me lo has dicho tantas veces, que podías haberte ahorrado la repetición. (Con amarga ironía.) Tu casa, tu voluntad... Todo es tuyo.

José Todo. Y tú también. (Exaltándose.) ¿Te parece mal? ¿No es naturalísimo que sea así?

(Después de una pausa.) Clara, te lo ruego por lo más sagrado: no me contraríes. En vez de exaltarme aplácame, por Dios.

Clara ¡A ti!... ¡Fácil es!...

José Con prudencia y con cariño, sí es fácil. Con esa frialdad, con esa hostilidad que te vengo notando, no.

Clara (Cobardemente.) ¿Hostilidad?

José (Con energía.) ¡Hostilidad, sí! No hago nada ni digo nada que te parezca acertado. ¡Y eres mi mujer! Y por serlo, debías mirar por mis ojos y sentir como yo, y pensar como yo.

Clara (Después de una pausa.) En algunas cosas sí.

José (Vivamente.) ¡En todas las cosas!

Clara (Sublevándose.) No; en todas, no. Respecto á tu prima, ¿cómo vamos á pensar lo mismo?

José ¿Por qué no? Tú ¿la crees mala?

Clara Para mí, no es buena.

José Pues ahora va á serlo, porque te va á suplicar que la perdones.

Clara (Con ironía.) ¿Porque se lo has ordenado?

José Por lo que sea. A ti lo único que debe importante es el hecho. (Con energía.) Y ¡tú la vas á perdonar! La vas á perdonar, porque á todo el que se humilla pidiendo un perdón, se le perdona; porque lo que hiciste esta mañana fué poco noble y... porque te lo ruego yo.

Clara ¿Me lo ruegas ó me lo mandas?

José Te lo ruego.

Clara Es que hablas de un modo...

José ¡Pues te lo mando! ¡Lo que prefieras!

Clara ¿Y si te replico que será inútil que la perdone?

José ¿Inútil? (Incisivo.) Clara, voy á pensar que tienes mal corazón.

Clara ¿Sí?

José (Con gravedad.) Sí. Y que mi prima vale más que tú.

Clara ¡Caramba, hombre!

José Y voy á pensar también que te estás burlando de mí.

Clara Si te da por ahí el naipe...

José (Con violencia.) ¿Cómo es eso? ¿Qué has dicho?

Clara Pues déjame en paz.

José ¡No, no! ¿Qué has dicho?

Clara (En son de disculpa.) Que ella no sea bestia, que no me odie...

José (Cogiéndola por un brazo y zamarreándola.) Pero ¿qué has dicho? ¿Qué es eso de que te burlas de mí?

Clara (Rompiendo á llorar de súbito.) Si eres tú el que me hace hablar... ¡Y me maltratas!.. ¿Qué te he hecho yo?

José Pero ¿te he maltratado? Tocarte, ¿es maltratarte? ¿Quieres que me vuelva loco, Clara? Acaso ¿te quiero yo lastimar? Sé justa conmigo. ¿No sabes como soy?

Clara Pues cambia de modo de ser. Y que cambien los demás. ¡Porque ciertas cosas acabarían conmigo si continuase soportándolas!

José (Sorprendido.) ¿Qué cosas?

Clara (Con resolución.) Muchas cosas. Y no puedo más. ¡Estoy harta de atropellos y de indelicadezas!

José Indelicadezas, ¿de quiénes?

Clara ¡De todos!

José (Temblón.) ¡Clara, fíjate en lo que dices!

Clara Y fíjate tú en lo que hacen conmigo. ¿Por qué yo, la mujer de uno de los dueños de esta casa he de ser para los otros una señorita hambrona, una extraña que no se interesa por lo vuestro?

José Pero ¿has perdido la razón? ¿Qué sandeces ensartas ahí?

Clará Las que ha dicho tu madre, se conoce que para corregir mis defectos. Mis defectos, que consisten en pedir que no se empuerque la casa, en no comer en la cazuela con tía Curra, hasta en no saber despachar unos céntimos de vino.

José (Después de una pausa.) Clara, no quisiera ofenderte; pero...

Clara Pero... ¿tiene razón tu madre?

José (Gravemente.) Quizás.

Clara (Irónica.) ¡Hombre!

José Porque si esas cosas tuyas que mortifican á mi madre no son defectos, son torpezas. Es torpe exagerar algunas repugnancias, y exagerándolas, se prueba mala voluntad. Tú vives hoy como vivías antes de casarte. Y por mí, siquiera, debías haber cambiado.

Clara (Hiriente.) ¿Para ir con Pepa á coger aceitunas?

José No has nacido para eso, y no lo hubiera tolerado yo; pero hay otras labores menos duras y debiste emprenderlas para alegrar á mi gente y para acercarte á mí.

Clara Y ¿por qué había de ser yo la que se acercase? ¿Y tú?

José ¿Yo? Pues ¿no soy yo el marido?

Clara (Con ironía.) ¡Ah! El marido. El amo, ¿no es eso lo que quieres decir? Tú el amo y yo la esclava. Tú como tu padre, y yo como tu madre.

José (Conteniéndose.) Me estás mareando, Clarucha; me estás perturbando. Te encuentro hoy... excesivamente original.

Clara (Con violencia.) ¿Porque no me someto? Mi obligación ¿es ceder siempre?

José (Con energía.) ¡Esa es la obligación de todas las mujeres honradas!

Clara ¡Pues honrada soy, y no cedo ahora!... ¡No me someto!... ¡Has de escoger entre tu prima y yo! Y si ella no sale de aquí por la oposición de tus padres, pues, entonces...

José ¿Qué?

Clara (Modificando su pensamiento.) Que saldré yo contigo.

José (Estupefacto, como si la proposición fuese monstruosa.) ¡Que yo!.. (Suelta una risotada.)

Clara (Resuelta.) ¡Tú, tú!... No te rías.

José Clarucha, tú has perdido el seso. ¡Yo, fuera de Benalcázar, de señorito danzante por esos mundos!... (Vuelve á reir.) Tu has perdido el seso.

Clara (Amenazadora.) Es que si no sales conmigo...

José (Desafiador.) ¿Qué pasará? Termina.

Clara (Con entereza.) Que saldré yo sola.

José (Demudado.) ¿Cómo? A ver, repite esas palabras, porque debo de no haberlas entendido.

Clara (Cobarde. Bajando los ojos.) El cariño se demuestra con hechos. Y si tú me condenas á padecer... ¡Las fuerzas humanas tienen un límite!

José (Sombrío.) Y la paciencia también. Y como la mía se va agotando, no insistas en esa bro-

ma de mal género. No seas boba, Clarucha.

Clara (Con terquedad.) No soy boba. Sería boba quedándome.

José No insistas. Te lo aconsejo.

Clara Si no me acompañas, es que no me quieres; y si no me quieres...

José (Alzando la voz.) ¡No insistas!

Clara Mejor vivirás sin mí, y yo...

José (Con calma, pero lívido de cólera.) ¿Mejor también?

Clara (Con despecho.) Por lo menos, respetada.

José (Dando un golpe en la mesa.) ¡Imbécil! (Recorre á trancos la galería, y después de una pausa comienza á hablar con una agitación que le enronquece.) Clara, esa resolución no se ha cocido en tu cerebro. ¿Es de tu padre?... ¿Es de Adrián?... ¿Quién te aconseja?... ¡Habla! (Oprimiéndole una mano.) ¡Dí!

Clara (Dolorida.) ¡Suelta!

José (Temblando de ira.) ¿Quién te aconseja? ¡Dí! ¿Quien es? (Con súbita emoción.) Y yo, ¿qué te he hecho?... ¡Dilo!... ¿Por qué has dejado de quererme?

Clara (Quejumbrosa.) ¡No, no, no es eso!

José ¿Por qué te decides á huir de mí?... Habla, contesta, explícate... Por una riña vulgar, no se abandona á un marido; por un puñado de sandeces, no se le dice á un hombre: «deja á los tuyos, ó te dejo yo»... ¡Contesta!

Clara (Obstinada.) No son sandeces.

José (Gritando.) ¡Sí, sí, sí lo son! (Sacudiéndola.) ¡Contéstame! ¡Dí la verdad!

Clara (Zafándose de él violentamente y conteniendo el llanto.) ¡Suelta!

José (Descompuesto.) ¡Dí la verdad!... ¡Atrévete, hipócrita!... ¡Ten valor!

Clara (Espantada.) ¡José, por la Virgen!

José ¡Dí que huyes porque no me has querido nunca, porque te casaste con el patán por su dinero, porque buscabas dinero, como una mala mujer! ¡Dinero, dinero!

Clara ¡José, que van á oirte!... ¡Por Dios!

José (Cada vez más exaltado.) ¡Dinero, dinero, dinero!... ¡Te has vendido como una bestia, te has prestado á una villanía!... ¡Por mi dinero! ¡Para que me pidiese el fanfarrón de tu

padre, para que me saqueara tu hermano, para robarme tú ahora una pensión!

Clara ¡Robarte yo, José!

José ¡Tú y tu familia de bigardos y de mendigos! (Avanzando ciego de ira hacia Clara, que retrocede con pavor.) Pero no lo conseguiréis, porque antes soy capaz... (Don Felipe entra precipitadamente por la izquierda.)

D. Fel. (Con imperio.) ¡Alto!

Ruf. (Que entra por la derecha.) ¡Alto digo yo también! (Calmoso.) Por lo visto hemos escuchao los dos.

D. Fel. (Con desdén.) Los dos. Y estoy resuelto á no oir más que llamen ladrona á mi hija los que se enriquecieron con lo que me perteneció.

Ruf. (Amenazador.) ¡Honradamente! ¡Sin robar!

D. Fel. ¿Estás seguro?

Clara (Con angustia.) ¡Padre!...

José (Apartando á Clara de un manotón,) ¡Seguro!

Clara (Aproximándose á la puerta de cristales.) ¡Gervasio!... ¡Gervasio!... ¡Adrián!... (Vuelve en seguida junto á don Felipe.)

José ¡Y usted también esta seguro de que ha mentido!

D. Fel. (En un grito de fiera.) ¿Eh? (Se arroja sobre José y Clara se interpone entre los dos, á tiempo que Rufino acomete á don Felipe.)

Clara } (Con una congoja que no la permite más que gritar entre sollozos.) ¡Ay, ay, ay!

Ruf. } ¿Usted á mi hijo?

Adrián (Que entra como un rayo, por la derecha, deteniéndodole de un gañafón.) ¿Y tú á mi padre?

(Gervasio, que seguía á Adrián, le separa de Rufino y Clara se abraza á José.)

Gerv. ¡Adrián!... ¡José!... ¿Estais locos?

Clara (Llorando.) ¡José!... ¡José de mi alma!

José (Aplacado el furor. Con amargura.) Recréate en tu obra.

Gerv. Tuya es también.

José ¡Y vuestra! ¡De todos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el segundo

—

(CLARA está junto á la mesa, sentada en un sillón. Su marido paséase á lo largo de la galería. TÍA CURRA entra precipitadamente por la derecha.)

Curra Ya está.

José ¿Viene?

Curra ¿Pos no ha de venir?... Que se echó un poquillo y que está aviándose. ¿Te se antoja algo más?

José Nada, Curra.

Curra Entonces... (Sale por la izquierda.)

Clara ¿Para qué le has llamado?... Si estoy bien. Un mareo... susto... ¿De qué me va curar don Marceliano?

José Sí, sí; pero...

Clara Si para mí no hay mejor medicina que verte cariñoso. Ven, acércate, hombre. (Abrazándole) ¿Vas á ser muy bueno, muy bueno con tu Clara?

José ¡Sí!

Clara No, dímelo con franqueza y con alegría; de otro modo.

José (Tímidamenta.) Sí, seré bueno; pero si modificaras tus condiciones...

Clara ¿Tan duras te parecen? Además, no son mías. Tú mismo me has propuesto...

José Sí, yo mismo. Tienes razón. Pero... no los quisiera abandonar.

Clara (Persuasiva.) Y ¿quién pide tal cosa? No has de abandonarlos; no saldremos de aquí para siempre. Volverás cuando quieras y yo volveré contigo.

José Sí; pero la vida en la capital...

Clara (Con temor.) ¿Te arrepientes ahora?

José (Suspirando.) No; no me arrepiento. (Abatido.) Ya, ¿para qué?

Clara (Abrazándole) José, José, bobo...

José (Agridulce.) ¡Y tan bobo! Como que, por fin, me has dominado.

Clara (Con tristeza.) No me mortifiques. ¿Por qué eres así?

José (Brusco y malévolo.) ¿Tan estúpido?

Clara ¡José!...

José ¿Vas á decir, después de salirte con la tuya, que no lo soy? ¿Qué más puedo hacer?

Clara (Confusa.) Pero, José, yo... (Conteniendo las lágrimas.) Bien. Nos quedaremos aquí,

José (Alarmado.)No, no. ¿A qué viene eso?

Clara (Con lágrimas en la voz.) Por mí, no has de ser tú...

José (Atajándole emocionado.) Por tí seré yo todo lo que haya que ser. Pero no llores, no vayas á llorar, que no quiero verte llorar en lo que me resta de vida. Calma. Tú ordenas y yo obedezco, sin convencerme ó convencido. Lo que decidas, lo que dispongas. Todo, antes de que me vuelvas á amenazar con... (Indica con un gesto la fuga.) Por que se me va la razón al pensarlo, Clara.

Clara (Cariñosa.) Tonto, si no me podría marchar, si no podría vivir sin verte... Pero quiero vivir sola contigo, porque de ese modo me probarás que me has dado el corazón: lo único que desearía robarte.

José (Turbado.) Clara, ten caridad. No recuerdes una vileza que dije en un momento de locura, ya que á la locura me arrastró el cariño.

Clara (Cogiéndole las manos.) Pero si no te reprocho-

José (Gravemente.) No hace falta. Me reprocho yo... y me avergüenzo.

Clara (Tirándole suavemente de los cabellos.) Pobre, pobrecito loco, sin fuerza de voluntad.

José Sin fuerza de voluntad. Esa es mi llaga.

Clara Y ¿no podrías adquirirla y modificarte?... Con una chispita de paciencia.....

José (Desalentado) No.

Clara ¡Bah!... Con energía...

José No. ¿A qué engañarte? Nunca me he querido contener más que hoy... Y sin embargo... A la más leve contradicción, mis nervios y mi sangre se alteran, y me ciego y me precipito. Algunas veces me figuro que no soy yo el autor de todas mis atrocidades sino mi casta entera, mis abuelos—mozos de labor, gañanes, ¡esclavos!—que resucitan en mí, y que, ahora que pueden gritar, gritan.

Clara Entonces, esas disculpas que ibas á dar...

José Las daré.

Clara (Temerosa.) Pero, ¿y si mi padre?...

José Haga lo que haga, no olvidaré que es tu padre. No; con tu padre, no. Ni con tus hemanos. Por tí, lo sufriría todo. Les dejaría hasta pegarme. (Entran por la izquierda JESUSA, RUFINO y TIO JOSÉ.)

Jes. Ahí viene don Marceliano.

Ruf. (Abriendo la puerta de cristales.) Adelante, dotor. (Entra don Marceliano.)

D. Mar. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué es eso, Clarita?

Clara Nada. Si yo no quería haberle molestado.

Tío José Un soponcio. Que se la fué la cabeza y se esplomó.

D. Mar. ¡Carambolis! ¿Seguimos con los soponcios? (Cogiendo á Clara por un brazo.) Vamos adentro. (Salen por la izquierda Clara, Jesusa y don Marceliano.)

José Padre ¿y esa gente?

Ruf. En la casa vieja.

Tío José Ahora he visto al Adrián en el güerto. Y se van á divertir. No tienen ni agua...

José Pues tendrán cuanto necesiten. ¿Para qué servirnos nosotros, abuelo? (Llamando.) ¡Curra!... ¡Tía Curra! (Entra TIA CURRA por la izquierda.)

Curra ¿Qué se ofrece?

José Que vayas á la casa vieja y que hagas lo que te manden aquellos señores.

Curra Volando. (Sale por la derecha.)

Tío José Yo, por Gelvasio, siempre en la vida; por los demás...

José También. Todos son iguales.

Ruf. (Maligno.) Quizás que te sobre la razón. ¿Sigues pensando en tu quijotá?

José No es quijotada, padre.

Ruf. Es rebajarnos.

José ¿Por cumplir con nuestra obligación?... Eso no rebaja.

Ruf. Allá tú. Yo no las tengo toas conmigo en lo tocante al resultao.

José Yo, sí, padre.

Ruf. Allá tú.

Jes. (Dentro. Con alegria.) ¡José, José, ven aquí!

José (A Tío José.) ¿Irá usted al huerto?

Tío José Como quieras, muchacho. (Sale José por la izquierda.)

Ruf. (Por José.) Don Quijote.

Tío José De acuerdo. (Entra por la derecha TIA CURRA, muy agitada.)

Curra Ahí están... Don Felipe, Gelvasio, el otro... Que no necesitan na, que se marchan y que quién hablar con ustés.

Tío José Malísimo, Rufino.

Ruf. (Imperturbable.) ¡Pchs!.. Veremos por donde resuellan. (A Tía Curra.) Que pasen aquí y que esperen. (Al viejo.) Vamos por José. (Salen por la izquierda.)

Curra (Desde la puerta de cristales.) Que puen ustés pasar. Adelante. (Entran DON FELIPE, ADRIÁN y GERVASIO.)

D. Fel. ¿Avisó usted?

Curra Ahora vienen.

Adrián Tenemos prisa.

Curra Los llamaré otra vez. (Sale por la izquierda.)

Gerv. Insisto en que no hemos debido venir.

Adrián (Malhumorado.) ¿Y nos íbamos á largar cobardemente, como si huyéramos, y abandonando á Clara?

Gerv. ¡Abandonar á una mujer que, al fin y al cabo, vive con su marido! ¡Que cosas dices, Adrián!

Adrián Vive con su inquisidor. ¡Y no ha de vivir con él!

Gerv. Es su marido. Lo hecho, hecho está.

Adrián ¡Si hubiese dependido de mí!... A la petición de mano, que era un insulto, habría respondido á bofetadas.

D. Fel. (Severo.) No me censures, Adrián. Acaso ¿no le pedías dinero á José cuando era novio de tu hermana?

Adrián ¡Vaya una razón! ¿Qué importa el dinero? Dinero se le puede pedir á todo el mundo. Yo no tengo inconveniente en hacer de cualquiera un prestamista; pero no convertiría á un prestamista en un hermano mío. ¡Mi hermano José Lajín, hijo de tu exservidor Rufino Lajín!... ¡Canallas!

Gerv. Sss... Adrián.

(Entra por la izquierda DON MARCELIANO.)

D. Mar. (Quitándose el sombrero.) Servidor de ustedes.

D. Fel. (Saludando con la mano, sin destocarse.) Vaya con Dios. (Sale don Marceliano por la derecha.)

Adrián Ese ha venido por Clara. (Se refiere al médico.)

D. Fel. Quizás.

Adrián (Amenazador.) Pues como le haya ocurrido algo, me van á oir estos granujas.

Gerv. Eres un tipo original. ¿Por qué son granujas? ¿Porque no son como nosotros?... No, hombre; no son granujas, ni canallas, ni malvados; no son más que brutos; y los debemos disculpar.

Adrián ¡Ah! ¿Sí?

Gerv. ¿Por qué no? Los debemos disculpar y deberíamos envidiarlos porque son más dichosos que nosotros.

Adrián Es decir, que tú no los desprecias.

Gerv. ¡Pchs!... También. Un poco. Pero no por lo que tú te imaginas, sino por la importancia que nos dan los muy simples. En el fondo, siguen siendo criados.

D. Fel. (Con mucha gravedad.) Muchacho, ¿sabes lo que eres?... Pues eres lo que se llama un cínico.

Gerv. Gracias, papá.

(Entran apresuradamente por la izquierda JOSÉ, RUFINO y TÍO JOSÉ.)

José Perdón, señores. (Don Felipe y Gervasio se descubren instintivamente.) Cúbrase usted, don Felipe, y tú, Gervasio. Están ustedes en su casa.

D. Fel. Yo no me cubro ni en mi casa. (Adrián destócase, sonriendo con ironía.)

José ¡No, Adrián, por Dios!

Adrián Es lo mismo.

José Yo no he tratado de darte una lección.

Adrián Lo creo. ¡Naturalmente!

José Tengan la bondad. (Se colocan á un lado de la mesa don Felipe, Adrián y Gervasio; y al otro José, entre su padre y su abuelo. Callan unos segundos, mirándose con desconfianza. Don Felipe, Gervasio y tío José están sentados. Los demás, de pie.)

Tío José (A su nieto, con impaciencia.) ¡Ale!

D. Fel. No. Yo primero.

Ruf. Pues usté.

D. Fel. Ya os podeis suponer que al presentarnos aquí...

José (Interrumpiéndole.) Una observación, don Felipe.

D. Fel. No hace falta.

José Sí hace falta. Y la debo formular porque voy á imponerme un castigo. Para imponérmelo iba á llamar á ustedes.

Adrián Si es así...

Gerv. Déjale, Adrián.

Ruf. (Muy serio.) Más vale. (Adrián se encoge de hombros y sonríe. José contiene á su padre con la mirada.)

José Señores, como aunque no queramos—y no hago por mí esta salvedad—la suerte ha dispuesto que se unan nuestras familias... (Adrián, con indiferencia, silba por lo bajo.)

D. Fel. Las familias no se han unido. No hay que confundir.

José Bien. Clara y yo. Para lo que iba á decir, es igual. Ya que, por mi buena suerte, Clara es mi mujer, debemos esforzarnos en que, si no cariño, haya respeto y cortesía ennuestras relaciones.

Adrián (Vivamente.) Y ¿por qué no hay respeto ni cortesía?

Gerv. Espera, Adrián.

Adrián ¿Quién ha faltado á la cortesía y ha prescindido del respeto?

Tío José ¡Eso lo tendríamos que ver, porque, hasta ahora, es invisible!

José ¡Abuelo!...

Tío José No; ruedas de molino á mí, en la vida. No me las trago.

Ruf. Padre, deje usté. (Hay una pausa. Adrián sigue silbando despreciativamente y tío José le imita.)

D. Fel. Vamos á lo del castigo.

José Vamos. Dije que entre nosotros debe haber respeto y cortesía. No he dicho quién rompió la cordialidad. ¿He sido yo?... No silbes, Adrián. Responde.

Adrián (Seco.) Tú.

Ruf. Y punto redondo.

Adrián (Sin mirar á Rufino.) Tú. Sin explicaciones. No soy aficionado á los discursos.

José Supongamos que he sido yo, aunque si yo me he excedido será porque me obligó algo á excederme.

D. Fel. (Con dureza.) ¡Nada!

Ruf. ¡Cómo que nada!

José (A su padre.) Nada. (A don Felipe.) Y reconozco mi culpa.

Adrián (Mirándole con impertinencia.) ¡Caramba! ¿Sí?

José (Afable.) Sí, Adrián. (A don Felipe.) Reconozco mi culpa, y con toda humildad le suplico á usted que me perdone.

Adrián (Sonriendo desdeñosamente.) Lo esperaba.

José ¿De veras?

Adrián (Burlón.) Claro.

José (Con frialdad.) Pues me felicito de que me hagas justicia. A ti mismo si te hubiera ofendido te pediría perdón. De modo que á un anciano que es además padre de mi mujer...

Adrián Sí, sí. Muy noble.

Ruf. (Entre despechado y colérico.) «Me se» figura que ese te ha tomao por un gallina.

Adrián ¿Ese?... ¿Quién es ese? (Mirando debajo de la mesa.) ¿Dónde está ese?... Porque supongo, Rufino, que no se referirá usted á mí. Yo para usted no soy *ese;* soy don Adrián Valdemar.

Ruf. (Dando una puñada en la mesa.) ¡Y yo para usté don Rufino Lajín!... ¡Con muchos miles para mercar un don y cincuenta dones! (Da otra puñada.)

D. Fel. (Levantándose colérico.) ¡Golpes, no! ¡Donde yo esté no da golpes nadie!

Ruf. ¡Ni en mi casa levanta nadie el gallo!

José Padre, ¿qué le he pedido á usted? ¿No me ve usted á mí?

Ruf. Si no hay paciencia que resista. Puñetazos,

amenazas... ¡Como si en todavía nos diera un jornal! ¡Hombre, por Dios y por su hijo!... ¿Qué tono es ese y qué desprecio es ese?

José (Con ira.) ¡Pero acabe usted ya y serénese usted!... ¿Es que se ha propuesto desesperarme?

Ruf. Bien sabes que no. (Le abraza.)

José ¡Pues calle usted! (Pausa.) Don Felipe, le vuelvo á rogar que me conceda su perdón. Apelo á su bondad, á su generosidad...

D. Fel. No hacen falta más apelaciones. Perdonado. Pero concedo mi perdón al hombre; al marido de mi hija, no.

José ¿Qué quiere usted decir?

D. Fel. Lo que he dicho: que te perdono, pero que me llevo á Clara.

Adrián Sencillamente.

José (Desconcertado.) Poco á poco. Esa decisión...

D. Fel. (Atajándole.) Es mi voluntad. Y sobre ese punto no se discute.

José No, no voy á discutir. ¡Si yo tampoco quiero discutir!

Ruf. (Escandalizado.) ¡Pero José!...

José (Reconviniéndole.) ¡Padre! (A don Felipe.) De acuerdo. No le contradigo. Por la fuerza no he de impedir que se marche mi mujer. Pero si no voy á recurrir á la fuerza, tampoco debo tolerar, porque eso sería indigno y cobarde, que por fuerza se la lleven.

Ruf. (Tranquilizado.) ¡Ah!

José Y así, sin discutir—porque esto no es discutir—le pregunto: ¿Y si Clara no quisiera marcharse?

D. Fel. Yo no puedo admitir esa pregunta.

José ¿Cómo?

D. Fel. No puedo admitirla, porque no creo lo que aseguras en ella, y no lo creo, porque Clara tiene dignidad.

Gerv. Y eso, ¿qué importa?

D. Fel. ¡Vaya si importa! Tu hermana es una señorita, no una mujer del pueblo. (A José.) Y si vuestras mujeres se habitúan á la esclavitud, las nuestras no se habitúan.

José (A don Felipe.) Pues aunque usted no lo crea, Clara, con toda su dignidad, no quiere salir de la casa de su marido.

D. Fel. ¿De la casa de un marido que la ha tratado como á una cualquiera?... ¡No es cierto! Conozco á mi hija.

José (Rojo de vergüenza y de ira.) Repórtese usted, don Felipe. ¡Por el amor de Dios, repórtese usted! Yo no soy un hombre acostumbrado á mentir ni á tolerar que le digan embustero. Clara no desea separarse de mí, Clara no ha pensado en cometer la vileza de abandonarme. Hemos tenido una riña, pero una de esas riñas que no logran evitar ni las personas que más se quieren, y que cuando pasan las unen en vez de desunirlas. Y así, más unidos que nunca estamos, y por cariño ella cede en lo que debía ceder, y yo cedo en lo que era justo que cediese. De aquí en adelante no viviremos en Benalcázar, sino en la capital. Abriré bufete...

D. Fel. Ya es tarde.

José Nunca es tarde para nada, don Felipe.

D. Fel. Para esto, sí. Hay enmiendas que son imposibles.

José Nada es imposible, don Felipe.

D. Fel. (Acedamente.) Tendrías que nacer de nuevo, tendrías tú que no ser tú para que te dejase á Clara. Porque donde quiera que la lleves la martirizarás, le harás insoportable la vida.

José (Abrumado.) Pero don Felipe...

D. Fel. No sois iguales. (Burlón.) Mi hija—y cito una afirmación tuya—es de casta de mendigos. Tú eres de casta de próceres.

José (Gravemente.) Ya le he pedido perdón.

D. Fel. (Con sorna.) Y ya te he perdonado.

José ¿Y me recuerda usted una violencia de la que me arrepiento y se burla usted de mi origen?... ¿No es el mismo el origen de todas las criaturas? ¿Es que hay familias que puedan envanecerse de no tropezar entre sus antepasados con asesinos, con verdugos y con ladrones?

D. Fel. (Con malignidad.) Cierto, sí. Pero en unas familias los ladrones vivieron hace siglos, y en otras viven hoy.

José (Tembloroso.) Y usted supone...

Ruf. ¿Es una indirecta?

D. Fel. (Con frialdad.) Yo no supongo nada. Deshago

tu argumento, José. Aunque en tu familia y en la mía haya habido gentuza, y seamos iguales en ese punto, siempre nos separará la diferencia de nuestra educación.

José — Y ¿no tengo yo otras cualidades que disculpen mi falta de finura?

D. Fel. — Si las tuvieses, no me llevaría á mi hija.

José — (Desconcertado.) Pero ¿insiste usted? Después de asegurarle que Clara y yo estamos de acuerdo, ¿insiste usted?

Ruf. — (Indignado.) ¡Si no valen razones!

D. Fel. — ¡Esas, no!

Gerv. — Sin embargo, si Clara transige...

D. Fel. — (Con severidad.) ¡No transige!

José — (Descomponiéndose un poco.) ¡Pero, señor, por Cristo!... ¡Eso es ya prescindir de la razón y querer imponerse por la violencia! Y yo no me opongo á que sea usted violento conmigo, pero con Clara...

D. Fel. — (Riendo con ironía.) ¡Delicioso! Tú vas á defender á Clara de mis violencias. ¡Tú, que la maltratas!... Ahora que te conozco, sería yo un malvado si recomendase á mi hija la prudencia. ¡No, mi hija saldrá de aquí!

José — Pero entonces ¿es que no reflexiona usted? ¿Es que ha perdido usted el juicio?... (Pausa.) Yo deseo conseguir el afecto ó la benevolencia de ustedes... He pedido perdón, me he humillado, volveré á pedir perdón y á humillarme, pero, por caridad, midan ustedes lo que me exigen.

Adrián — Cuerda sentimental.

José — ¡Sí, porque no me dirijo á fieras! Pero, además de estas razones de sentimiento, dispongo de otras más elocuentes. ¿Es que á un bruto como yo hay manera de domarlo?... Para triunfar de mí en cuestiones ds esta importancia, me tendrían ustedes que despedazar. ¡Y las mismas hormigas se defienden cuando se las ataca!

Adrián — No te atacamos: rechazamos tus ataques.

Ruf. — (Con energía.) ¡No!

Tío José — ¡Incierto!

José — (Exaltado.) ¡Me atacan ustedes hasta en la honra! ¡Me tratan ustedes como á una bestia dañina! ¡Me acorralan ustedes!... ¡Y no

recuerdan ustedes que sobre Clara ya nadie puede mandar, porque es solo mía, porque es mi mujer! Y sepan ustedes que la mujer de un hombre como yo no sale de su casa más que tendida en el ataud.

Adrián No exageremos.

José (En un alarido.) ¡Qué!

Adrián (Muy frio.) Que no exageremos.

José (Logrando contenerse.) Adrián, á la única persona que tiene derecho á exigir de mí ciertas bajezas le he jurado hasta dejarme pegar por ustedes antes que reñir. ¡Tenlo presente!

Adrián (Mofándose.) ¿Para qué?

D. Fel. (Desdeñoso.) ¡Hola! ¿Nos amenazas?

José Decirles que hasta me pueden pegar, ¿es una amenaza?

D. Fel. Sí, porque das á entender que sin ese juramento...

Ruf. (Atajándole iracundo.) ¡No hubiera aguantado, don Felipe!

Adrián Y muertos en seguida.

Ruf. En vez de graznar, ¿por qué no le pagas á mi hijo lo que le has sacado?

José (Colérico.) ¡Padre!

Ruf. ¡Porque este se casó con Clara, pero no contigo!

Adrián (Sonriendo.) ¡Qué delicadeza!... De cuadra.

José (Gritando amenazador.) ¡Adrián! (Se levanta y le imitan todos.)

D. Fel. ¡Caray! ¿Ya no dejas que te peguemos?

Ruf. ¡Ni antes! Eso es conversación, don Felipe. (A Adrián, cada vez más furioso.) Y tú, no te encares con José; encárate conmigo, que yo no he dao palabra de achicarme.

(Entran por la izquierda CLARA, JESUSA, PEPA y TÍA CURRA. Pepa y Curra quédanse junto al arco, Jesusa colócase al lado de Rufino y Clara frente á José, protegiéndole con su cuerpo.)

Clara Ni con usted ni con nadie.

Adrián ¿Ni con tu tiranuelo?

José ¡Acércate á mí!

Clara (Llorando.) ¡No, no, no, Adrián! ¡Es mi marido!... ¡No!...

Gerv. (Sujetando á su hermano.) ¡Adrián!

Ruf. (Con una furia que le enloquece.) ¡Fuera de aquí! ¡A la calle!

D. Fel. ¿Yo á la calle?

Clara (Abrazándole.) ¡Vete, papá!... ¡Papaíto, por mí! ¡Hazlo por mí! ¡Vete, por mí!

D. Fel. ¡Contigo!

Adrián (Cogiéndola por un brazo.) ¡Vamos, Clara!

Clara (Rechazándole.) ¿Qué dices? ¿Sin mi marido, Adrián?... Pero ¿qué os proponéis? ¿Qué locura es esta?

Gerv. (A don Felipe y Adrián, que se miran consternados.) ¿Y ahora?

Adrián (A su padre.) ¿Qué tal?

D. Fel. (Con más tristeza que despecho.) ¡Clara, no te reconozco!

Clara ¡Si es mi marido! ¡Piensa que es mi marido, papá! ¡No me condenes!

Gerv. Ven tú, padre.

Adrián Sí, creo que sobramos.

D. Fel. No me llames otra vez si te maltratan... No te quejes. ¡Quédate ahí!

Clara ¡Si le quiero, papá! (Abrazándose á José, sollozando.) ¡Si no podría vivir sin él!

FIN DE LA COMEDIA

Obras de J. López Pinillos

TEATRO

El vencedor de sí mismo. (Drama.)
Hacia la dicha. (Comedia.)
El burro de carga. (Comedia.)
La casta. (Comedia.)

NOVELA

La sangre de Cristo.
Frente al mar.
El ladronzuelo.
Doña Mesalina.
Las águilas.

EN PRENSA

El placer de los dioses.

Precio: DOS pesetas